

¿QUÉ ES EL ARTE?

Raquel Martínez Ballestrín

Había llegado a ese punto de emoción en el que se encuentran las sensaciones celestes dadas por las Bellas Artes y los sentimientos apasionados. Saliendo de Santa Croce, me latía el corazón, la vida estaba agotada en mí, andaba con miedo a caerme.

STENDHAL

La regenta de Clarín, *Los nenúfares* de Monet, *El nocturno opus número 2* de Chopin... Es posible citar ejemplos, obras de arte, es posible incluso nombrar términos y conceptos sueltos que necesariamente nos lleven al concepto de «arte», pero la definición del término no resulta simple, ni mucho menos cerrada.

Podríamos recurrir, como con el resto de los conceptos, al Diccionario de la Real Academia Española y encontraríamos: «manifestación de la actividad humana mediante la cual se interpreta lo real o se plasma lo imaginado con recursos plásticos, lingüísticos o sonoros». No obstante, cuando leemos la definición, aunque identificamos las obras en ellas, se nos antoja escueta, sobre todo si consideramos la grandeza del término, de sus representaciones particulares, de la casuística que envuelve su concepción y reflexión.

Etimológicamente hablando, «arte» proviene del término latino «ars, artis», el cual traduce el griego «techné», definido por Montoya Suárez como «conjunto de conocimientos eficaces que se acompaña además con el conocimiento de las razones o causa por las cuales el procedimiento es eficaz» (2008: 299). Esta definición, de corte Algunos autores, como Montoya Suárez, consideran que el arte es una actividad humana que se caracteriza por la creación de obras de arte que tienen un valor estético y que son el resultado de un proceso creativo y técnico. ella, tal y como ocurre a lo largo de la historia.

Estas definiciones y concepciones, sin ser erróneas, resultan insuficientes cuando se trata de describir un término que engloba en su complejidad teórica y práctica un sinnúmero de recovecos estéticos, filosóficos y necesariamente humanos.

Así pues, y partiendo de los testimonios más antiguos sobre esta cuestión, es necesario plantear el concepto platónico por el cual lo bello y lo bueno se encuentran necesariamente fundidos, en una unión inalienable que permite entender todo lo bueno

como bello y viceversa. De esta manera, el arte, tradicionalmente ligado a la representación de la belleza, es necesariamente bueno en un sentido moral y casi religioso si avanzamos hacia el neoplatonismo.

Esta idea de alianza entre lo bueno y lo bello desemboca en una de las concepciones más controvertidas a lo largo de la historia en lo que a arte se refiere, y es que, siguiendo el planteamiento platónico, el arte posee una finalidad en tanto que su belleza está ligada a la categoría de «lo bueno».

No obstante, igual que los movimientos artísticos que se suceden en el tiempo son en muchos casos una respuesta o reacción frente a lo estipulado con anterioridad, cuando no una continuación con ciertas matizaciones, de esta misma manera en el desarrollo de la idea del arte, una idea de índole filosófica a la par que estética (si es que fuera posible desligar ambos términos), encontramos sucesiones y reacciones.

De este modo, encontramos realizada en Kant, a quien no podemos negar la importancia como pilar del racionalismo occidental, una clara distinción en su *Crítica del juicio* de las categorías platónicas bello / bueno, en las que lo bueno está entendido como un juicio emitido en tanto a la utilidad práctica de una realidad; por el contrario, la belleza es, para Kant, «forma de la finalidad de un objeto en cuanto es percibida en él sin la representación de un fin».

Y es en este punto donde encontramos una ruptura radical en la concepción del arte, que deja a un lado su «practicidad» y se convierte en un fin en sí mismo, la belleza sin otra finalidad que ella en sí misma.

Además, añade Kant la idea de la universalidad, idea controvertida y de larga prosapia a lo largo de las distintas teorizaciones sobre el arte y la estética. Así, distingue el filósofo prusiano entre «lo agradable», entendido como aquella categoría que no ofrece universalidad y que se desprende de las preferencias individuales de cada uno, y «lo bello», entendido como un juicio que ha de ser necesariamente universalizable, de tal forma que su consideración como bello debe ser admitida por el receptor de la representación, sea quien sea.

A esta idea añade una que ya encontramos en la antigüedad, pero que con Kant llega al *súmmum* de su desarrollo: «lo sublime». Para el autor, en su *Crítica del juicio*, si lo bello corresponde a un goce del sentimiento, lo sublime apela al entendimiento; lo bello agrada, pero lo sublime conmueve.

Por esta misma condición magnánima que otorga a lo sublime, añade que carece de representación, lo que permite llevarnos a una idea necesaria: ¿es el arte el intento por parte del intelectual (artista en su disciplina) de realizar una representación que lleve al

receptor a experimentar «lo sublime» que, según Kant, el hombre solo encontraría en la naturaleza?

No obstante, y a pesar de lo descabellado que supone en el siglo del relativismo en el que nos encontramos una idea tan universalizada y universalizadora de la belleza como la de Kant, es necesario entenderla y, sobre todo, entenderla en su contexto, ya que suponer que no existía una belleza universal y absoluta, sino solo una valoración personal de la obra artística, implicaba caer rendido ante el relativismo humeano.

Así, en Hume encontramos la antítesis de las ideas kantianas, en tanto que entiende la belleza como una categoría que no se encuentra en la obra de arte en sí, sino que dicha belleza es la que el sujeto receptor de la representación imprime en esta. Esta teoría supone, por lo tanto, un desbarajuste respecto a las pretensiones universalistas de la filosofía racionalista, entrando en el terreno de la psicología del receptor para la catalogación de las obras consideradas artísticas.

Así mismo, dentro de la ciencia de la literatura y de las teorías y críticas que de ella se desprenden, encontramos también los planteamientos que sobrevuelan las concepciones extrínsecas o intrínsecas para la valoración de la obra de arte, desde todo lo que la envuelve, hasta la valoración de esta misma por sus propias características.

De esta manera, en la evolución sobre las ideas del arte y la belleza, encontramos unas cuestiones que se convierten en el denominador común para su estudio y valoración: su universalidad, su finalidad, la idea de la belleza, la racionalidad del arte, la supremacía de la forma o del contenido, y el análisis de la especificidad artística; esto es, lo que hace que una obra de arte sea considerada tal.

Por lo tanto, y después de este breve recorrido por los derroteros de la reflexión estético-filosófica del arte, en cuanto a mi valoración personal de este controvertido término, me declaro irremediabilmente incapaz de realizar una definición que pueda ajustar, precisar, sin cercenar ni condensar todo lo que supone el arte.

El arte es, pues, una representación humana, y es humana puesto que el arte puede solo comprenderse nacido de y dirigido a la humanidad, al hombre entendido como un animal racional en tanto que es capaz de reflexionar y analizar los sentimientos que para el resto de los seres vivos son meras reacciones químicas.

El arte es la capacidad de plasmar una realidad y hacer sentir; es la capacidad de plasmar una idea y emocionar; es la capacidad de imprimir una fantasía y hacer soñar. Es la capacidad, en definitiva, de la creación, entendiendo creación en todas y cada una de las facetas de este poliédrico término. Y, de una creación, además, con la fuerza y la capacidad para la transmisión de un sentimiento aun cuando se quiere insensible, un

sentimiento que va desde lo sublime hasta lo desagradable.

Posee, pues, finalidad el arte, una finalidad en sí misma: el desarrollo, la experimentación de un placer o una angustia que remiten a una realidad necesaria que, apareciendo o no en la obra, es indesligable de esta, puesto que, como decía Borges, «nadie escapa a su tiempo».

Así, es arte desde la representación que nos hace humanos, pues nos hace sentir, hasta aquella representación que persigue una finalidad práctica, útil, busca salvar al ser humano mediante su humanidad.

A propósito de esto, es posible citar a Monet con su «todo el mundo discute mi arte y pretende comprender, como si fuera necesario, cuando simplemente es amor», y llegar hasta la propuesta nietzscheana de que «el arte existe para que la realidad no nos destruya». Esta última apunta a mi propia concepción del arte; una concepción personal y nacida del caldo de cultivo de esa realidad de la que no se puede escapar.

Así, el arte es, para mí, en última instancia, el salvavidas que nos ha permitido conservar, en medio de tanta catástrofe, lo más íntimo y puro de nuestra humanidad. Y es, a un mismo tiempo, el paracaídas que amortiguaba el viaje en descenso de Altazor, y que le permitía situarse en esa posición privilegiada, cenital.

Bibliografía

Kant, Immanuel, *Crítica del juicio*, ed. Manuel García Morente, Madrid, Espasa Calpe, 1990, 5.^a ed.

Montoya Suárez, Omar, «De la téchne griega a la técnica occidental moderna», *Scientia et Technica*, 39 (2008), pp. 298-303.